

Darilys Reyes
Sánchez

*Rigoberto Fernández.
A las órdenes del
Cienfuegos Sport Club*

Sin noticias recientes de Alberto Fábregas y tras la muerte de Conrado Marrero, el 23 de abril de 2014, Rigoberto Fernández persiste como memoria viva del Cienfuegos Sport Club (CSC), campeón de la Unión Atlética Amateurs de Cuba (UAAC) en 1941. Lo sabe El Sargento, o El Chico, como también le llamaban, y por ello se aferra a la pretendida inmortalidad de la tinta para perpetuar sus recuerdos.

El ritual de bienvenida a las poquísimas personas que hoy lo visitan conserva la forma esférica: una pelota de béisbol envuelta en una marchita hoja de papel; la primera con la rúbrica de sus compañeros de hazaña; la segunda, con el roster ganador de aquel septiembre. No datan de la década de los cuarenta, como pudiera pensarse, pero conservan intacto el valor de autenticidad.

Poco dejó el tiempo de las aplaudidas habilidades del jardinero del CSC: buen desplazamiento, rápido en el corrido de las bases, preciso en los tiros, bateador de la banda opuesta, average por encima de los 300... Solo la condición de zurdo lo distingue, además de la pequeña estatura, disminuida incluso cuando su almanaque devoró 97 ciclos.

Como sucediera con Marrero, Juan Yero o Julio Trujillo, Fernández defendió el estandarte de su tierra adoptiva, pues

nació en el otrora central Stuard (hoy Venezuela), en la actual provincia de Ciego de Ávila.

Ya no escucha con la nitidez de antaño, si bien mantiene muy claro cada episodio de su existencia, los cuales afloran con el (des)orden escogido por su narrador:

Yo juego a la pelota desde los 13 o 14 años... Pasé por varios equipos: empecé con los Maristas, luego fui al Nautic Club, el Cazadores, el Minerva, en el Reina y después me pasaron al Cienfuegos Sport Club. Tendría cuando eso unos 25 años, era joven. Antonio Lino Hernández, el coach del equipo, era socio del Cienfuegos Yacht Club y allí iba el coronel de mi regimiento a jugar billar, póker. Él lo abordó por mí, yo era cabo, para pedirle que me dejara entrar, y Lino Hernández accedió.

Salíamos al terreno sábado y domingo, y cuando pitcheaba Marrero casi siempre ganábamos.

A Marrero lo descubrieron en una visita de la Casa Stany (antecesor del CSC en el circuito amateur cubano) a Isabela de Sagua; cuando eso yo todavía no estaba en el equipo. Según me contaron, todos esperaban por un guajirito que iba a pithear y al fin apareció, montado en una yegüita con una sogá larguísima... Y después de amarrarla con mucha calma por allá, por un matorral, pasó cerca del hermano de Charles Pérez, David, muy chota, y se burlaron de él: «Le vamos a romper la pelota al guajirito este»... Pero «el guajirito ese» les metió los nueve ceros.

Entonces Peña de Armas y Gonzalo Reina, quienes llevaban el club, los dueños, le cayeron atrás y le prometieron un empleo y un apartamento en Cienfuegos.

Por aquella época yo estaba en el Ejército y andaba de rutina por Cieneguita, una colonia de Castaño.¹ Cuando llegué, Germiniano Ortiz, el director, me dijo: «Mira, lee el personal». Y aparecía escrito: «Conrado Marrero, mayoral de campo». Un empleo por Castaño: era más bien una «botella», ¿comprende?

De esa forma aseguró el Cienfuegos Sport Club al lanzador que los conduciría al título de la temporada de 1941. Sería una campaña accidentada para los 13 hombres a las órdenes de Ja-

¹ Nicolás Castaño, uno de los burgueses más influyentes de la región. Era dueño del ya desaparecido central Cieneguita, además de una destilería, una finca ganadera, una torrefactora, etc.

cinto *Tito* González, cuyas primeras salidas a la grama distaban mucho del triunfal desenlace.

El primer error, salvando las distancias, es suponer al béisbol *amateur* de entonces como un antecedente del actual: eran clubes en representación de sociedades burguesas, con criterios de selección y orden a tono con sus tendencias elitistas. Por eso, la UAAC le negó credenciales con el CSC a Eduardo *Cuso* Brunet por negro, aun cuando en el estudio Santiago le hicieron una foto en la cual parecía blanco, según la prensa de la época. Brunet, de buenas curvas y aceptable velocidad, habría sido el necesario complemento de Marrero sobre el montículo, mas tocaría a El Premier el indiscutido protagonismo de la hombradía: estaba escrito.

Tampoco inscribieron a Jorge *Chino* López, jugador de cuadro y buen bateador. La UAAC esgrimió varias causas para la negativa, si bien, coincidentemente, el Chino era mulato... Y no sucedía por primera vez.

A Bienvenido Jiménez, Pata Jorobá,² el mánager en 1940, también lo sacaron por negro. Hablaron de unas multas, problemas con los jugadores... Todo era mentira: en esas sociedades había discriminación y por eso lo sacaron. Fue una lástima: sabía mucho, nos hacía anécdotas de las Grandes Ligas, de las Ligas Negras norteamericanas... Tenía el récord de ocho bases robadas en un juego con el Almendares. ¡Corría como un galgo!

Sorteando estos tropiezos iniciales, el club se enroló en un «todos contra todos» de 18 equipos con el propósito de asegurar uno de los nueve boletos a la primera división, donde se acumulaban las victorias de la etapa anterior. Pero aún quedaban los retos del diamante: jugar y ganar.

Desconcertantes fueron los resultados de estreno, con derrotas a manos de rivales anunciadamente inferiores como el Verdado Tennis Club o empates en desafíos de puro trámite con el Loma Tennis... Las cosas no salían bien en carretera y aunque Marrero perdía el brazo un sábado sí y un domingo también, era mal defendido por sus compañeros.

Por fortuna, no tardaron en reaccionar:

² Trabajó apenas la primera parte del torneo, cediendo el mando a Jacinto *Tito* González. Fue electo al Salón de la Fama del béisbol profesional en 1951.

Una vez frente a Matanzas, cuando Limonar nos tenía amarrados, cayó un chubasco y suspendieron el juego. Por ese entonces Albertico Fábregas tenía un delirio con su novia y aprovechó para bañarse, cambiarse de ropa e irse con ella de paseo... En eso reanudan el juego y Limonar Martínez entró wild completamente – se le enfrió el brazo y fue su Waterloo – y llena las bases de cienfuegueros. Le tocaba batear a Albertico, pero no aparecía: «¡Albertico!, ¡Albertico!», gritaba el mánager, y nada... Entonces me dice: «Tú mismo», y me da el bate.

Los matanceros sacan a Limonar y traen a Sandalio Consuegra, otro de los tres pitchers muy buenos de ese equipo. Hago unas murumacas en el cajón de bateo y me pone en 2-2; me repite una recta y conecté tribey por encima de tercera y terminé como el héroe. Ya ves: ellos ganaban 1-0 y empujé tres carreras para home y los dejamos al campo.³

Concluidos los 17 partidos de rigor, el Cienfuegos conseguía el pase a la primera división con balance de 13 victorias, tres derrotas y un empate: los mismos números de Marrero desde lo individual. El pentacampeón Hershey avanzó de segundo, a medio juego de los sureños, seguido por Matanzas, Regla, Santiago de Las Vegas, Fortuna, Teléfonos, Artesanos y Universidad. Con este cuadro y sus consiguientes pronósticos se encendían las tardes en el café La Diana, el Palais, el bar Central, la cafetería Miami o los portales del parque Villuendas.

Marrero tomó la bola – ¡faltara más! – ganando tres de los cuatro duelos iniciales. El quinto ponía enfrente al Hershey: quizás el único en condiciones de frenar el empuje de los discípulos de Tito González.

Perdíamos y ganábamos con ellos... Tremendo club: tenía a Quilla Valdés, era una maravilla verlos jugar.... No eran peloteros: ¡eran diablos! Recuerdo cuando nos ganaron un juego donde ganábamos 1-0 en el noveno, con dos outs, tres bolas y dos strikes en el conteo del último bateador.

³ En la temporada de 1941, Matanzas ganó el primer choque frente al CSC en la fase clasificatoria, el 15 de junio, con pizarra de 1-0. Ya en primera división, los sureños vencieron a los yumurinos con marcador de 10-3, con victoria para Marrero (16-4) y derrota para Rogelio Limonar Martínez. Rigoberto refiere un juego anterior al campeonato en cuestión.

En primera estaba Quilla y bateaba el Loco Castro, que era loco y tocó la bola y pasó a Marrero. Yero y Checho Rosés se mantequillan con la bola: se le cae al uno, al otro... y los dos hombres llegan a home. Y nos ganaron 2-1... ¡Un juego ganado! ¿No te digo?: ¡eran diablos!

Pero no era el año del Hershey, que caía por segunda ocasión en el torneo ante el CSC, ahora con marcador de 4-0. Marrero llegaba a 17 éxitos con 5 reveses y, con ventaja de punto y medio sobre el segundo lugar restando dos partidos para el cierre, el equipo solo necesitaba una victoria para coronarse.

Regla parecía el indicado para la celebración, mas explotó temprano Marrero en la lomita cuando, en otro desafío de la jornada, el Hershey vencía al Fortuna y mantenía sus aspiraciones de título. Frente al Teléfonos llegaría la vencida de los sureños, con un Trinidad y Hermanos (hoy, estadio de fútbol Luis Pérez Lozano) al rojo vivo.

Otra vez Marrero a escena, ahora ante Tomás Echeverría, de la selección nacional amateurs. Nueve anotaciones en las 2 primeras entradas soportó Echeverría como temprana definición, si bien los bates llevaron a 13 las carreras del vencedor, por una el derrotado. Entonces estalló el graderío.

Transcurría la media tarde del 21 de septiembre de 1941 y los jugadores recorrían sobre hombros la distancia entre el viejo Trinidad y Hermanos y Paseo del Prado y Santa Clara. Fue un trayecto corto, y no por ello menos gratificante, comparado con los 9 mil 600 kilómetros recorridos para efectuar los topes, la mayor parte de ellos en La Habana, el equivalente a cinco vueltas a Cuba.

El mundo sobrevivía a una Segunda Guerra Mundial; pero Cienfuegos disfrutaba su contrastante realidad: *Fuimos campeones en el cuarentaiuno, ¿lo sabe? Eso fue increíble, increíble...* Era este el segundo título de la ciudad, pues antes lo consiguió el Cienfuegos Stars en la Liga de 1920.

Fernández se despidió del béisbol unos años después:

Al morir el padre del segunda base y este ausentarse por el sepelio, me ponen a cubrir su posición. Ahí el juego se va por culpa mía: conectan un rolling fácil y se me va entre las piernas, se coló... después dan un roletazo a tercera y cuando cubro segunda para hacer doble play, la pelota me choca en el guante y rebota...

Alguien en el estadio me gritó horrores y mi padre, primer teniente del Ejército, estaba allí. Discutieron fuerte pues el hombre se «ensució» en mi madre. A la salida del juego, mi padre me dice: «Usted no me juega más pelota porque no tiene necesidad de que lo insulten». «Viejo, eso es normal», le decía yo; pero me negó los permisos... Después inventaron unos escritos donde ponía algo de un problema en las piernas y me obligaron a dejar la pelota... y era mi vida.

Licenciado del Ejército después de 1959 (tras acumular 18 años, tres meses y 21 días de servicio), solo se vinculó a la práctica en los roles de aficionado.

En 1991 coincidió con sus compañeros en las celebraciones del 50 aniversario del título del Cienfuegos Sport Club. Por esa fecha casi podían armar la novena: Conrado Marrero, Rafael Checho Rosés, los hermanos Charles y David Pérez, Raúl Guimerá, Alberto Fábregas, Félix Cortés y él. Quince años después, en 2006, solo Marrero, Fábregas y Fernández posaban para las fotos.

Y la vida siguió descontando en extra-innings y pesaron otras ausencias, quizás más de las conocidas... Sin embargo, esta vez el *Sargento* Fernández persiste en su insubordinación al llamado.



Campeones en 1941



En 2006, junto a Conrado Marrero
Foto: Dorado



Rigoberto Fernández durante la entrevista
Foto: Darilys



Rigoberto Fernández



Rigoberto Fernández en foto dedicada a su esposa